



# 3<sup>er</sup> Domingo de Cuaresma

## *La viña que no da fruto*

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes (Diócesis de Pereira), con la colaboración del P. Emilio Betancur Múnera (Arq. de Medellín). Cf. También *Servicio Bíblico Latinoamericano*

*Ex 3, 1-8a. 13-15: Yavé, "Yo soy", me envía a ustedes*

*Salmo 102, 1-2.3-4.6-7.8.11: El Señor es compasivo y misericordioso*

*1Cor 10, 1-6. 10-12: Todo aquello sucedía en figura, como un ejemplo*

*Lc 13, 1-9: Parábola de la viña que no da fruto*

### ***Evangelio: Mientras oraba, su rostro cambió de aspecto (Lc 13,1-9)***

**E**n aquel tiempo, llegaron unos a contarle a Jesús lo de aquellos galileos, que Pilato había hecho matar, mezclando su sangre con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les dijo:

«¿Piensan que aquellos galileos murieron así por ser más pecadores que los demás? Les digo que no; más aún, si ustedes no se convierten, también perecerán del mismo modo. Y aquellos dieciocho que murieron al desplomarse sobre ellos la torre de Siloé, ¿piensan que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Les digo que no; y si ustedes no se conviertan, todos perecerán igualmente».

Jesús les propuso esta parábola:

«Un hombre había plantado una higuera en su viñedo, pero cuando fue a buscar fruto en la higuera, no lo encontró. Dijo entonces al viñador:

«Hace ya tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro. Córdala. ¿Por qué ha de ocupar terreno inútilmente?»

El viñador le contestó:

«Señor, déjala todavía este año; removeré la tierra y le echaré abono, a ver si comienza a dar fruto; si no lo da, entonces la cortarás».

### ***Análisis***

**E**l texto del libro del **Éxodo** nos presenta una versión -la más conocida, seguramente- de la así llamada vocación de Moisés, que es también la “autopresentación” de Yavé.

Las antiguas opiniones sobre diferentes fuentes hablan de dos antiguas tradiciones que se integran en este texto. Según Gen 4,26 Enoc fue el primero en invocar el nombre de Yavé, sin embargo, acá Moisés no lo conoce por lo que Dios se lo debe revelar. Por otra parte el nombre del monte es Horeb y no Sinaí, y el suegro de Moisés es Jetró mientras que en 2,18 es

Reuel. Así se ha hablado de las diferentes tradiciones a las que históricamente se las llamó Elohista y Yahvista, aunque el tema hoy está en discusión (en especial la antigüedad de estas, y la existencia del primero).

Muchos elementos podríamos señalar, pero destaquemos solo algunos:

Moisés es llamado, y como es frecuente en los relatos de vocación de la Biblia se sigue un esquema similar: (1) oración y respuesta, v.7 y v.9; (2) promesa de salvación, v. 8 y v.10; (3) encargo, v.16-17 y v.10; (4) objeción, 4,1 y v.10; (5) signo, 4,1-9 y v.12; (6) nueva objeción, 4,10 y v.13; (7) respuesta final de Dios, 4,13-16 y 4,17. Como se ve, parecería que las dos fuentes entremezcladas tienen el mismo esquema. Que se utilice un “relato de vocación” nos pone en el contexto de los profetas, lo que no es ajeno al texto, ya que Moisés debe ser “escuchado” como uno que habla “en nombre de Dios”.

Otro elemento es lo que causa la intervención de Dios: lo que lo motiva es “el clamor”. El grito de dolor no deja a Dios “fuera” de la historia. Desde el clamor de la sangre de Abel, Dios toma partido por “los-que-claman”, los que sufren la opresión e injusticia (Gn 18,21; 19,13; Ex 11,6; 22,22: “no dejaré de oír su clamor”; 1 Sam 9,16; Is 5,7; Sal 9,13). El clamor de su pueblo no le permite “hacer oídos sordos”, y frente a ese dolor es que elige y envía a su elegido “Moisés”.

Finalmente digamos algo sobre el “**nombre**” de Dios. Entre los antiguos semitas, el “nombre” es el sentido, es su misma existencia. Que Dios tenga nombre, y distinto del nombre que recibió hasta ahora indica que algo ha cambiado (cambiamos de Dios); este es un Dios que se muestra a partir de la historia, como un Dios que manda a los que elige para dar respuesta a los clamores que lo conmueven y no lo dejan indiferente. ¿Qué significa el nombre de Dios? Podemos preguntarnos qué significó en su origen, y qué significó para los lectores del Éxodo. No es fácil dar respuesta, lo cierto es que parece incluir el verbo “ser”/“estar”: las opiniones más sólidas hoy son tres: “*yo soy el que hace ser*”, lo que remite a que Dios es creador, aunque no se entiende a qué viene esta confesión de fe en este momento; además de que el reconocimiento de Dios como creador parece más tardío, como en el 2º Isaías, en tiempos del exilio); “yo soy el que soy” en el sentido de resaltar Dios existe, mientras que los dioses-ídolos no existen (en ese sentido parece usarlo Os 1,9), el marco remite en cierto modo a la alianza y la “duplicación” destaca la soberanía de Dios que “hace misericordia con quien hace misericordia” (Ex 33,19), es decir: siempre; finalmente, “yo soy el que estaré” (con ustedes), es el Dios de la presencia salvadora, el que acompaña la historia. Este último por el contexto, y el anterior por el marco son los que nos parecen más probables: Dios garantiza su presencia y se enfrenta con los dioses de Egipto: el clamor de su pueblo por el sufrimiento no puede quedar impune.

**N**os encontramos ante uno de los **salmos** (el 94) más “cristianos” del AT. La misericordia aparece como la característica fundamental de Dios que, además, es presentado como “padre”, como un Dios que supera la justicia yendo más allá, hasta las fronteras del perdón. Como ocurre con frecuencia en los “himnos” de “acción de gracias”, al comienzo (v.1) y al final (v.22) se repite la misma idea (en este caso literalmente). Quizá debamos señalar que no es este uno de los salmos más creativos literariamente (por ejemplo, no parece muy amante de

sinónimos y algunas palabras, como *rhm* y *hsd*, ternura y misericordia, se repiten con frecuencia, casi monótonamente), aunque esto no impide que sea muy profundo teológicamente.

No es fácil saber en qué contexto nació ya que a veces parece individual (*alma mía*) y otras parece comunitario (no *nos* trata, Moisés, Israel...), y no hay un contexto histórico aparente (por algunos elementos parece post-exílico, pero no parece importante en este caso): puede ser una persona curada de una enfermedad (vv.3-4), una situación nacional (vv.7.18), o una reflexión religiosa sobre Dios, tanto en lo personal como en lo comunitario (v.8). Todas son posibles.

La liturgia incorpora sólo los vv.1-4.6-8 (con lo que omite la extraña comparación del águila que se “renueva” de v.5) y v.11 (con lo que también omite la actitud de Dios que “no paga conforme a las culpas” sino que las supera en misericordia). En v.11 comienzan varias comparaciones marcando la distancia entre el amor de Dios y el hombre con una serie de imágenes (horizonte, padre, polvo, hierba). En la liturgia de hoy sólo tenemos la primera: la distancia entre el cielo y la tierra.

El orante se invita a sí mismo (*alma mía*) a bendecir a Dios. Los “beneficios” tienen que ver con la retribución (la raíz *gml* dice relación a eso), no se alaba la justicia rígida, sino que va más allá de la mirada a los méritos (como vuelve a recordarlo en vv.8-10). Luego lo siguen una serie de participios que se aplican a Dios (vv.3-6): que *perdona*, que *cura*, que *libra*, que *corona*, que *sacia*, que *renueva*. Por el lado negativo nos libra de culpas, enfermedades (que suelen ser vistas como consecuencia de las culpas) y -por tanto- de la muerte; positivamente nos da ternura, misericordia, bienes (*hsd*, *rhm*, *twb*). Ambos elementos, negativos y positivos, tienen como conclusión que nos rejuvenecen.

De allí se pasa a algo más social que personal: la *justicia* y la *liberación* con lo que prepara a la referencia -ahora nacional- a Moisés e Israel (v.7). La idea de que Yavé es *clemente* y *compasivo* la encontramos en Ex 34,6; Jl 2,13; Jon 4,2; Sal 86,15; 145,8; Neh 9,17 con coloración litúrgica. Esto se expresa por comparaciones que -como vimos- la liturgia sólo incorpora la primera, la diferencia de altura entre cielo y tierra -la más grande imaginable- (ver Sal 36,6; 57,11), que sirve para mostrar cómo es de grande el amor de Dios (“como [*min*] el cielo es más alto que la tierra...” Is 55,9; ver Jb 11,8; 22,12). El Salmo aparece, entonces, como una presentación de Dios en la historia tanto personal como comunitaria, y su característica principal radica en su ternura (materna) y su paternidad que actúa en esa historia y nos debe llevar (imperativo) a alabarlo constantemente.

**L**a Primera carta de Pablo a los **Corintios** presenta muchas dificultades cuando pretendemos “ubicarla”. Parece muy desordenada, y no es evidente que todo esté en el lugar que Pablo lo pensó. Sabemos que Pablo contesta preguntas escritas que la comunidad le ha hecho (7,1) y es probable que cada vez que usa “*con respecto a*” también lo esté haciendo (7,1.25; 8,1; 12,1; 16,1.12). Eso no impide que se hayan introducido en el resto de la carta textos provenientes sea de otras cartas o de nuevas circunstancias que exigieron una reelaboración del escrito por parte del mismo Pablo (esta última es nuestra opinión pero no es el caso destacarla acá). En principio, entonces, el texto de 1Cor 10,1-13 pertenece al bloque donde Pablo responde acerca de la carne ofrecida a los ídolos.

Sin embargo, la frase “no quiero que ignoren” destaca que comienza una nueva unidad, como además se ve en el uso de “hermanos”. La referencia evidente a los acontecimientos del desierto nos hace pensar que estamos ante una relectura del A.T., o una breve homilía, en clave evidentemente cristiana: se compara la *nube* y el paso del *mar* con el *bautismo*, el *maná* y el *agua* con la *eucaristía*, y se recuerda que esos acontecimientos ocurren “en figura” (vv. 6.11) y que no deben, los corintios, repetir lo malo que hicieron en el *desierto* “nuestros padres”. El discurso se mueve de a pares: *nube/mar*, *alimento/bebida espiritual*, y pretende que “no hagamos como ellos hicieron” donde se repiten, siempre de a pares, los verbos que caracterizan el comportamiento incorrecto de los israelitas en el desierto y que Pablo pretende que los cristianos eviten: *codiciar*, *fornicar*, *tentar*, *murmurar*. En el centro encontramos una actitud que también se debe evitar pero no tiene su par, pero -por el contrario- está iluminada por un texto bíblico: “no idolatren”; la referencia es al “becerro de oro”, pero la cita remite a la comida y bebida. Seguramente Pablo podía haber escogido otra cita mejor para aludir a la idolatría, pero esta hace referencia a la comida que es lo que a Pablo le interesa marcar. De allí que pase a la siguiente unidad recordando “huyan de la idolatría” (10,14) para volver a la comida de carne ofrecida a los ídolos, que -como vimos, es el marco de la unidad. El hecho de que “no idolatren” no tenga par (“como ellos idolatrarón”) y que sea iluminado con la Escritura revela que para Pablo es el corazón del relato.

La referencia a las *figuras* (typos) del AT que recuerdan el bautismo y la eucaristía, parecen decir que no se debe creer que por ser partícipes de la comunidad sacramental, no por estar bautizados y tomar parte de la eucaristía tenemos la garantía de no caer (eso sería hacerse un ídolo; ver 11,30). La idolatría es la clave de la unidad (lamentablemente omitida por el texto litúrgico). Los israelitas cayeron, y también nosotros debemos cuidarnos de no caer: “el que crea estar de pie cuide de no caer” es la conclusión y la clave del texto.

**E**l *Evangelio* se ubica en el “viaje a Jerusalén” donde **Lucas** presenta muchos textos de su fuente propia, “L”, un poco -aparentemente- desordenados. Sin embargo, el relato presenta una cierta semejanza en la forma con lo que viene diciendo: en 12,51 también había preguntado “creen que...” y su respuesta fue “les aseguro que...” concluyendo con una *parábola*. En este caso se presenta abruptamente una situación histórica, con una aparente interpretación religiosa. Jesús corrige esa interpretación e incluso presenta otra situación semejante que se prestaría a la misma interpretación. “No, les aseguro” es la corrección que Jesús propone (vv.3.5) para lo cual presenta otra *parábola* (vv.6-9).

El acontecimiento histórico nos es desconocido. Se han propuesto diferentes hechos, pero ninguno coincide exactamente con este. Es extraño que Flavio Josefo no lo haya narrado siendo, como es, muy poco amigo de Pilato. Pero el debate supone un (o dos) acontecimiento(s) ocurridos realmente. La *mezcla de sangre de galileos* con la de los *sacrificios* hace pensar en la fiesta de la Pascua: en esa fecha Pilato y los peregrinos -también los de Galilea- se encuentran en Jerusalén, y los laicos participan de los sacrificios ya que deben llevar a su casa, o lugar de tránsito, el cordero para ser comido en familia. El otro hecho afecta a *18 personas*, si el primero es incidental, este es ocasional, en el primero hay un criminal, pero en el segundo hay un hecho casual, lo común de ambos son los muertos y la interpretación que los interlocutores de Jesús hacen del hecho. De la torre de Siloé sabemos de su existencia, y su ampliación. Josefo la narra, pero no cuenta -tampoco- ningún accidente de

este tipo. No sabemos si Lc no está pensando o puede estar relejendo la caída de Jerusalén posterior al 70, pero más allá del o los hechos históricos, lo importante es la respuesta a la imagen de Dios que todo esto supone.

La opinión teológica clásica establece una estrecha relación entre culpabilidad y castigo, de allí que los interlocutores piensan que en estas muertes Dios ha *castigado* sus pecados; estamos cerca de la teología tradicional de la *“retribución”*, la misma que defienden los amigos de Job. Jesús no cuestiona la culpabilidad de los galileos, pero se niega a presentar un Dios así de cruel, y prefiere mostrar un Dios en diálogo con los hombres, un Dios que dé espacio a la conversión. *“Si ustedes no se convierten”* pone a los oyentes en el mismo nivel que los galileos y parte de la idea de que *“todos son culpables”*. Y nos lleva a mirar el mundo y los acontecimientos no como espectadores sino como actores. En vv. 2 y 4 se pone en paralelo *pecadores y deudores*; seguramente los lectores griegos de Lucas no entienden *“deuda”* en un sentido también religioso (ver el Padre nuestro donde Lc dice *“pecados”* donde la fuente decía *“deudas”*) pero al estar en paralelo no precisa explicación y se comprende que aquí por *“deuda”* debe comprenderse *“culpa”*. Al rechazar esta imagen de Dios, Lc presenta una divinidad *menos poderosa y más misericordiosa*, presenta un Dios de amor y nos invita a tener presente que nuestra suerte se juega en el perdón de Dios más que en nuestras actitudes.

En este marco, Jesús nos presenta una parábola. Con frecuencia se la ha alegorizado (por ejemplo los 3 años harían referencia a la vida pública de Jesús, dato del que Lc nunca habla y parece desconocer). Sabemos que con muchísima frecuencia Israel es comparado con una *vid* (el ejemplo más evidente -y es solo uno entre muchos- es Is 5,1ss-, pero también se ha comparado a Israel con una *higuera* (ver Jer 24,1-10). Es interesante notar que ambas imágenes se mezclan algunas veces en los profetas (Jer 8,13; Os 9,10; Mi 7,1). No es necesario decir que la vid representa a Israel y la higuera a Jerusalén, probablemente el uso de ambas imágenes tiene como intención simplemente reforzar la idea (ver Mi 4,4) y que quede muy claro de quienes se está hablando, de Israel, y de ese modo mover a la *“conversión”* (metánoia) que es el centro de toda la unidad. La higuera no sólo *no da fruto* sino que *ocupa un lugar* importante. El poseedor repite lo que sabemos, que ha ido a buscar infructuosamente, pero aporta nuevos elementos: que hace tres años que lo hace, y su decisión de cortarla; la destrucción es aquí, imagen del juicio. Lo sorprendente ocurre con la intercesión del *viñador* (es común en la Biblia que el intercesor sea uno inferior como es en este caso el viñador sobre el dueño de la viña), él se ocupará de dar alimento y bebida a la planta y mueve al dueño a una nueva -y última- esperanza, en este caso un año. Este será la última oportunidad del árbol de dar frutos, sino *será cortado*. Como otras parábolas, el final permanece *“abierto”*, no sabemos si la higuera dio o no el fruto esperado, como no sabemos si el hijo mayor entró a la fiesta del padre por el regreso del hijo menor. Como la parábola pretende mover a una actitud, son nuestras actitudes la que darán el final sea negativo o positivo...

Los oyentes, pecadores, tienen también su última oportunidad de dar fruto de conversión para Dios. Los israelitas están invitados, tanto en las desgracias cotidianas, como en la palabra de Jesús, a escuchar la voz de Dios que los invita a la conversión. Y con ellos también nosotros.

## Comentario

Jesús nos enseña, en el texto de hoy a aprender a escuchar la voz de Dios en los acontecimientos de la historia. De hecho sus interlocutores también lo hacían, y por eso van a contarle los hechos, pero escuchaban mal, Dios no decía lo que ellos entendían. Es verdad que Dios habla, pero hay que aprender a escucharlo. Dios no nos dice que los muertos de esos acontecimientos drásticos eran pecadores, de hecho todos lo son. Lo que Dios nos dice es que por serlo, debemos convertirnos y dar frutos de conversión. Los frutos son una palabra de Dios para esta etapa de la historia.

La vid y la higuera, representan en la Biblia, frecuentemente, al pueblo de Israel, para que quede claro que se refiere a esto, el pasaje de la parábola nos habla de una higuera plantada en un a viña. Pero en estos casos, el problema, con muchísima frecuencia son los frutos, o para ser precisos, los frutos malos la falta de ellos... ¿De qué sirve una higuera que no da frutos? Si no da frutos reiteradamente, el problema se agrava: no sólo no da fruto sino que ocupa un lugar que se podría aprovechar para otra planta. Dios preparó el terreno, hizo todo lo necesario, se tomó un tiempo prudencial, pero ¿y los frutos? El pueblo que Dios se ha preparado con tanto cariño, ¿cómo responde al cariño de Dios?, el tiempo se acaba y la higuera puede ser cortada. Sólo la intercesión de los trabajadores puede postergar esto un breve tiempo más.

Vivimos en sociedades llamadas cristianas. "Occidental y cristiana" se decía, y los frutos fueron torturas, desapariciones, asesinatos, delaciones, miedo, desesperanza... y más todavía: hambre, desocupación, analfabetismo, falta de salud y vivienda, desesperanza... y "*por los frutos se conoce el árbol*". Hoy, muchos llamados cristianos siguen viviendo su fe muy lejos de los frutos de amor y justicia que nos pide el Evangelio: participan de mesas de dinero, de la tiranía del mercado, pagan sueldos "estrictamente «justos»" y precisamente bajos, están afiliados a partidos que nada tienen que ver con la Doctrina Social de la Iglesia (¿se puede - por ejemplo- ser cristiano y neo- liberal? ¡Ciertamente no!). ¿Y los frutos? Individualismo, hambre, pobreza... Así, por ejemplo, vemos que uno de los problemas que tenemos en América Latina para el reconocimiento "oficial" de nuestros mártires es que quienes los han matado "¡se llaman ellos mismos cristianos!", y esto desconcierta a muchos.

¡Cuántos se llaman cristianos entre nosotros! ¡Cuántos son "cristianos comprometidos" participantes de misas y movimientos!... Pero también, ¡cuánto es el escándalo!

*"Dios mío: quiero pedirte perdón hoy por haberme olvidado de lo más importante: que eres mi Padre; Señor, nunca más quiero tenerte miedo, soy tu hijo y no tu esclavo. Desde hoy en adelante quiero que estés contento conmigo. Quiero demostrarte con hechos, y no con meras palabras, que te quiero... quiero amarte en cada hombre que me salga al encuentro, porque ésa es tu voluntad. Quiero sufrir con mis hermanos que están sin trabajo, quiero sentir como mía la angustia de miles y miles de jubilados... Haz, Señor, que como Tú, pase por la vida desparramando amor"* (Carlos Mugica, <http://carlosmugica.com.ar>).

No bastan las palabras. De nada sirve una higuera estéril. Una higuera debe dar higos ya que para eso ha sido plantada. Un pueblo redimido por Cristo, debe edificar, con su vida (y con su muerte si fuera necesario) un Reino que dé frutos de verdad, de justicia y de paz, de libertad, de vida y de esperanza.... Estamos lejos, ¡muy lejos! de lograrlo. Es verdad que en decenas de comunidades hay también frutos muy vivos de solidaridad, de paz, de oración, de justicia y de

vida, de celebración y de esperanza... y podríamos multiplicar los frutos que vemos en las comunidades; pero todo lo anterior también es cierto. Faltan muchos frutos que dar, falta mucha vida que cosechar y alegría que festejar. El continente de la violencia, de la injusticia y el hambre reclama frutos de los cristianos. Y esos frutos deben darse en la historia. Los acontecimientos cotidianos, de dolor y de muerte, que tan frecuentes vivimos en América Latina nos dan una palabra de Dios, una palabra que debemos aprender a escuchar, que debemos comprender para no creer que Dios dice lo que no está diciendo. Jesús nos enseña la “dinámica del fruto” para aprender a reconocer allí un Dios que sigue hablando y que nos sigue llamando a la conversión. No para una conversión individual y personal, sino que dé frutos para los hermanos, para la historia y para la vida. Y la Cuaresma es tiempo oportuno para empezar a darlos...

\*  
— —

### ***Yo soy lo que necesitas. “Yo soy el pan vivo que vino del cielo”***

La liturgia de Cuaresma conmemora con particular insistencia los pasos principales de la historia de la salvación, especialmente la del Éxodo. Este recuerdo no es poner simplemente ante los cristianos en asamblea algunos hechos memorables del pasado consagrados en la Biblia, ni es evocar experiencias tempranas para reforzar o ilustrar un discurso moral. Los pasos de la historia de la salvación seleccionados por la liturgia son, sobre todo, revelaciones de las acciones e iniciativas de Dios, o la forma en que la fidelidad de quien se llama a sí mismo “Yo soy” prosigue su plan de salvación y lo cumple, su paciencia, su misericordia. Nos llevan a las llamadas que Dios incesantemente le dirige a su pueblo. Proyectan su luz sobre Cristo y su misión, sobre la Iglesia, en el pueblo de Dios que camina hacia la Jerusalén de las alturas. La historia de la salvación se desenvuelve sin interrupción. La fidelidad de cada época debe entrar en ella dando respuesta a la llamada de Dios, básicamente un compromiso similar hecho a lo largo de los siglos, y no tropezando en los obstáculos que en una forma u otra parecen ser similares a lo largo de la historia. El caso del Éxodo es particularmente representativo, como dice Pablo (ICor 10,1-6,10-12).

### ***Sin palabra no hay teofanía***

Nacido en Egipto, levantado por la hija del Faraón, Moisés recibió una educación bien completa y no vivió en las condiciones de sus hermanos hebreos, sujetos a labores pesadas. Pero en su corazón, había permanecido como uno de ellos y no vaciló en matar un egipcio que maltrató un hebreo. Como respuesta inmediata a esta difusión, fue forzado a irse y refugiarse “en la tierra de Madián” (Ex 2,15), donde reasumió la existencia nómada de sus ancestros y renovó el contacto con las tradiciones de los patriarcas. Mientras llevaba el rebaño de su suegro por el desierto, Moisés recibió el don de una teofanía: “Llegó a Horeb, la montaña de Dios. Allí un ángel del Señor se le apareció en la llama ardiente de una zarza... La zarza, aunque encendida, no se consumió.” “Esta visión maravillosa”; - una zarza encendida que no se consumía - levantó la curiosidad de Moisés y aún puede captar nuestra imaginación. Pero la Biblia no describe una teofanía por su propio gusto. Lo que cuenta, lo que debemos recordar, es la palabra que se pronuncia para explicar la teofanía.

### *¿Quién está en la zarza?*

El “que mora en la zarza” (Dt 33,16) que se llama a sí mismo “el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob.” Esta no es una mera forma de hablar. Al mismo tiempo de su aparición en Siquém, Dios le había dicho a Abraham, “A tus descendientes les daré esta tierra” (Gn 12,7). Más tarde, durante una visión nocturna, Dios le dijo: “Ten por cierto que tus descendientes serán extraños en una tierra que no es de ellos, donde serán esclavizados y oprimidos por cuatrocientos años. Pero yo juzgaré la nación a la que deben servir, y al final saldrán con gran riqueza” (Gn 15,13-14). Ahora, Dios le dice a Moisés: “Yo soy el Dios de tu padre...el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob....Ven, ¡ahora! Te enviaré al Faraón para llevar mi pueblo, los israelitas, fuera de Egipto.” “Yo soy tu Dios tus dioses no son Dios”. Estos movimientos sin fin de un territorio a otro, cuyos sucesos políticos o económicos hicieron que los patriarcas y sus clanes tomaran sobre sí un complejo e indirecto relato de los orígenes y formación de un pueblo. Pero en medio de todo, notamos la continuidad del plan maestro de Dios, el cual se lo revela a Abraham, Isaac, Jacob, y Moisés. Nada es capaz de oponerse sin consecuencias al cumplimiento de la promesa de Dios de la historia. Todo lo ocurrido a Moisés e Israel es para que continuemos creyendo que Dios cumple lo que les prometió a ellos que es lo mismo que nos promete a nosotros y se cumple en la historia.

### *Yo soy maná, agua y nube*

Pablo considera algunos elementos: la nube y el alimento y la bebida. En el cruce del Mar Rojo, esta nube que precedió el pueblo se movió a su espalda para proteger los hebreos del ejército del Faraón (ver Ex 14,19-20). Y durante el viaje a través del desierto, todo el pueblo se benefició del don del maná y el agua que Moisés hizo que brotara desde la roca (ver Ex 16). Todos, dice Pablo, “fueron bautizados...en la nube,” cuando se movió, “y en el mar,” cuando lo cruzaron. En verdad, al pasar de esta manera en medio de la nube y del mar, los hebreos escaparon de su esclavitud, y Dios entonces los volvió un nuevo pueblo. Ahora el bautismo es “iluminación” e “inmersión” en agua, de donde uno emerge libre de pecado. La primera Alianza (A.T.) ya consideraba el maná y el agua en el desierto como los regalos de Dios enviados desde el cielo (Nehemías. 9,15). El maná fue celebrado como un alimento maravilloso. Jesús mismo comparó el maná con el otro pan celestial, el “verdadero” pan que le da vida al mundo. El afirmó: “Yo soy el pan vivo que vino del cielo; todo el que come de este pan vivirá por siempre; y el pan que yo les daré es mi carne para la vida del mundo....Todo el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna....Este es el pan que vino del cielo. No como sus antepasados que comieron y murieron, todo el que come este pan vivirá para siempre” (Jn 6,51, 54, 58). La Iglesia reconoce en el cuerpo y la sangre de Cristo el alimento y la bebida en el camino de su propio viaje a lo largo del desierto. Lo que es más sorprendente para nosotros es la afirmación de que la roca de donde los hebreos bebieron agua “era el Cristo”, también la nube y el maná. Habiendo dicho esto, Pablo concluye: el drama del pasado no se debe repetir; todas estas gracias e intervenciones de Dios no deben ser infructuosas. Todo esto es más serio hoy porque estamos más cerca del final de los tiempos. Caminemos fielmente tras de Cristo, victoriosos sobre todas las tentaciones. Seamos confiados, pero no presuntuosos. Confiemos en el Señor y no en nuestra fortaleza. ¿Para qué serviría haber sido

bautizados, o recibido el alimento espiritual, si, caminando al ritmo de un caracol, fuéramos a tropezar en los obstáculos del camino?

### ***Yo soy, es paciente***

Dios es paciente; no se puede ir él mismo a derribar el árbol estéril, no puede dejar de esperar que pueda mostrar pequeñas señas de producir fruto después de recibir un cuidado especial. Es la paciencia de Dios la que garantiza una espera para darle al pecador una última oportunidad de convertirse y dar fruto. Es la paciencia de Dios la que, lejos de justificar la negligencia, debe hacernos conscientes de la urgencia de la conversión. Dios no se cansa, no pierde la paciencia...nunca. Porque “puede dar fruto en el futuro”. Pero es incapaz ante aquellos que rehúsan unirse a las incesantes llamadas de su delicado cuidado y gracia, “no endurezcáis el corazón como el día de Masá en el desierto”; Masá es hoy cualquier sitio donde pueda endurecerse el corazón.

Lejos de desesperarse con la humanidad, Dios envió a su propio Hijo, diciéndole, “YO SOY”: el Pan de vida, bajado del cielo (Jn 6,35.41.48.51), la Luz del mundo (8,12), la Puerta (10,9), el Buen Pastor (10,11-14), la Resurrección (11,25), el Camino, la Verdad, la Vida (14,6). Y aún, “Si no creen que YO SOY, morirán en sus pecados”; “Cuando levanten al Hijo del Hombre, entonces se darán cuenta de que YO SOY”; “Amén, amén, les digo, antes de que Abraham llegara a ser, YO SOY” (8,24.28.58).

### ***¿A qué viene Yo soy?***

Entonces Moisés se tapó la cara, porque tuvo miedo de mirar a Dios. Pero el Señor le dijo: “He visto de la opresión de mi pueblo, (desterrado, sin trabajo, sin techo ni comida. Desplazado de su tierra y excluido donde llega, sin palabras para hacerse entender pero teniendo la razón) he oído sus quejas contra los opresores (paramilitares, políticos, Estado) y conozco bien sus sufrimientos. He descendido para librar a mi pueblo de la opresión de los egipcios (sus propios ciudadanos y hermanos), para sacarlo de aquellas tierras y llevarlo a una tierra buena y espaciosa, una tierra que mana leche y miel (Primera lectura Ex 3,1-8.13-15).